

Pensar para forjar nuestro destino

Por ALEXIS PESTANO FERNÁNDEZ

A pesar del rechazo que ha recibido la historia de nuestra posmodernidad contemporánea, en tanto legitimadora de un pasado y una tradición considerada asfixiante, ella despierta todavía un amplio interés en el pensamiento social. Y es que conocer la historia -y en particular la propia- es una necesidad ineludible, no sólo por un curioso interés en el pasado, sino porque constituye la fuente de herramientas para entender el presente y proyectar el futuro. La perspectiva histórica permite una aproximación a los fundamentos, tantas veces poco visibles y olvidados, de la realidad y comprender que, a pesar de las mitologías ideológicas, aquellos no siempre son inexpugnables ni necesarios. La historia provee entonces invaluables recursos para la obra de continua edificación que el desarrollo de toda sociedad implica.

Quizás por tales razones, la historiografía en Cuba continúa teniendo un importante peso entre las ciencias sociales de una nación por momentos saturada de historia, y posiblemente por ellas también nuestro entrevistado se entrega con pasión al cultivo de una disciplina a la que ya ha aportado notables contribuciones. En efecto, Oscar Zanetti Lecuona es autor de imprescindibles títulos de la producción historiográfica insular, especialmente en el terreno de la historia económica, como *La United Fruit Co., un caso del dominio imperialista en Cuba* (1976, en coautoría con Alejandro García), *El segundo ensayo de república* (1980), *Los cautivos de la reciprocidad* (1989), *Caminos para*

el azúcar (1987, también en coautoría con Alejandro García), *Dinámica del estancamiento. El cambio tecnológico en la industria azucarera cuba entre 1926 y 1958* (1996), *Comercio y poder. Contradicciones cubano-hispano-norteamericanas en torno a 1898* (1999), *Las manos sobre el dulce. Estado e intereses en la regulación de la industria azucarera cubana. 1926-1937* (2004) e *Isla en la historia. La historiografía de Cuba en el siglo XX* (2005), éste último una compilación sobre la historiografía cubana contemporánea. La solidez de una obra ya establecida, sin embargo, no ha disminuido en absoluto las inquietudes intelectuales de este notable investigador, a quien le agradezco que haya accedido a compartirlas con nuestros lectores.



1. ¿Cómo considera usted que se ha comportado el quehacer historiográfico a lo largo de nuestra historia?

- En Cuba, como en todas partes, la labor de los historiadores ha estado condicionada por un conjunto de factores entre los que figuran, tanto la peculiar evolución histórica del país y las cambiantes circunstancias de su presente, como el ambiente intelectual y las tendencias prevalecientes en la creación historiográfica a escala mundial. Los ingredientes de ese “cóctel” casi siempre han sido los mismos, por más que sus proporciones puedan haber variado -y a veces mucho- de una etapa a otra.

Dentro de ese conjunto, una de las constantes más sobresalientes en el caso cubano ha sido la conexión entre el quehacer historiográfico y las necesidades e inquietudes de la sociedad en cada momento. Desde Arrate y la exaltación de los valores de la “patria chica” a finales del siglo XVIII, pasando por Saco y su monumental, e inconclusa, *Historia de la Esclavitud* -problema crucial en su tiempo-, las historias-testimonio de nuestros libertadores, al estilo de un Fernando Figueredo Socarrás, o el relato de Martínez Ortiz sobre las tempranas evidencias de la descomposición republicana, hasta llegar a los estudios más recientes respecto al uso social de los símbolos, la familia o la problemática racial, los historiadores cubanos por lo general han conectado con los desvelos de la gente y su obra constituye parte importante del “espíritu” de cada época.

Ello no implica que nuestra historiografía se haya caracterizado por una conducta “presentista”, en el sentido de ajustar sus búsquedas e interpretaciones a los intereses más inmediatos –aunque obras de ese corte tampoco han faltado–, sino que la creación historiográfica se ha desarrollado en un diálogo fluido y constante con la sociedad, alimentándose de las preocupaciones y anhelos de sus contemporáneos a lo largo del tiempo.

Debo advertir que mis apreciaciones se refieren a la actividad creativa de los historiadores y no al “discurso histórico”, que en buena medida es resultado de esta, pero que toma forma y llega a la gente a través de diversas mediaciones, entre las cuales se incluyen la labor educativa, los textos de enseñanza, los medios de difusión, las conmemoraciones públicas, etc., lo cual torna más complicado su análisis.

2. ¿Cuáles son las características peculiares de la historiografía cubana actual?

Estas caracterizaciones suelen ser tan difíciles como arriesgadas, pues en nuestros días, como en otros tiempos y lugares, lo característico en la producción historiográfica es justamente la diversidad, tanto en temas como en procedimientos. Mi caracterización, por tanto, enfatiza lo innovador, las corrientes que por una u otra razón se destacan dentro de un conjunto de obras de naturaleza muy diferente.

La historiografía actual en Cuba acusa un creciente interés por lo social y la dimensión subjetiva de los procesos, tendencia dominante en la historiografía mundial al menos desde los años ochenta del pasado siglo, pero que entre nosotros se desarrolla de manera algo tardía. Temas como el modo de vida y las mentalidades colectivas, las cuestiones de género y de familia, la sexualidad, el fecundo ámbito de las representaciones y los imaginarios, se han ido acreditando como objetos de estudio en condiciones que los acercan a otros asuntos estudiados desde antaño, como los movimientos y conflictos sociales, los procesos migratorios o los problemas étnicos, cuya investigación

también se ha revitalizado en los últimos años, evidencias todas de una dinámica que está cambiando el perfil de este campo. Se trata de un movimiento de innegable trascendencia, sobre todo en la medida en que trae al escenario de la historia nacional las acciones, creencias y condiciones de existencia de la gente común o devela ángulos ignorados de la conciencia de la sociedad, con lo cual, además de suplir una antigua carencia, propicia un discurso histórico más cercano y comprensible.

Aunque pueda haber algunas aproximaciones ensayísticas de pretensiones más abarcadoras, por lo general los trabajos recientes definen sus objetos con un alcance relativamente limitado, ya sea por la naturaleza misma de los problemas que abordan o por enmarcar estos en tiempos o espacios de contornos reducidos. Incluso algunas indagaciones adoptan el perfil de la microhistoria, observando a pequeña escala cuestiones de muy considerable envergadura, como la esclavitud, para poder establecer así detalles de importancia que los “grandes relatos” han dejado escapar. Esta tendencia sin duda ha venido a favorecer a uno de los géneros historiográficos más dinámicos en los últimos tiempos: la historia regional y local. Con el sólido fundamento institucional que proporcionan las universidades creadas en todas las provincias del país, así como las oficinas de historiadores de ciudades, museos y otras entidades, la historia regional está arrojando frutos –no siempre perceptibles por la limitada distribución de las publicaciones de editoriales que operan fuera de la capital– que evidencian un saludable desarrollo. Algunos de estos trabajos aún obedecen al persistente afán por destacar las “glorias del terruño”, pero cada vez son más los estudios que nos revelan las peculiaridades locales de ciertos movimientos políticos, la singularidad de algunas instituciones o las formas específicas que adoptaron en una u otra región tendencias culturales de alcance nacional.

Como advertía al principio de esta respuesta, lo que he venido destacando son las facetas más dinámicas o novedosas de nuestra actual historiografía,

pero esta sigue cultivando los grandes temas tradicionales, como las guerras de independencia, por ejemplo, cuya imagen se ha visto enriquecida con evidencias documentales que contribuyen a esclarecer viejos problemas, así como con novedosos análisis realizados desde la perspectiva de la historia social. Libros y artículos publicados en ocasión del centenario de nuestro estado nacional, así como otros trabajos más recientes sobre las décadas de 1940 y 1950, ponen de manifiesto una creciente ponderación en el examen de los procesos del período republicano, ejercicio indispensable para la mejor comprensión del presente. La historia de la Revolución, que ya sobrepasa la media centuria, se halla todavía en pañales y con evidente predominio de lo testimonial, pero van apareciendo publicaciones que con propuestas sobrias y penetrantes intentan sortear –a veces con éxito notable– los desafíos de la historia inmediata. En el campo de la historiografía política –quizás más que en otros terrenos– la calidad de los resultados suele ser muy variable; lo mismo te encuentras aportes sustantivos que expresiones de una retórica muy gastada.

Dentro de ese conjunto salta a la vista la declinación de la historiografía económica –género al cual principalmente me dedico–, que sigue recibiendo contribuciones sobresalientes, pero ya no ocupa la posición cimera que alcanzara tres décadas atrás. Decadencia muy lamentable, a mi juicio, porque en la economía se sitúan algunos de los mayores problemas del presente y el conocimiento del pasado creo que contribuiría a su mejor comprensión.

Claro que este panorama se torna aún más abigarrado al considerar los estudios históricos sobre Cuba realizados por autores extranjeros o por cubanos radicados fuera del país. Esto último en modo alguno constituye un fenómeno reciente –baste con recordar los casos de Saco o Figueredo, por apuntar solo algunos de los autores ya mencionados–, pero sin duda adquiere especial relevancia a partir del proceso revolucionario de 1959. Entre los que entonces tomaron el camino del exilio

figuraban intelectuales con una obra histórica reconocida, quienes dieron continuidad sus trabajos en las nuevas circunstancias; a ellos se unirían otros profesionales y cierto número de aficionados para generar un conjunto de publicaciones de alcance muy desigual, entre las que pueden encontrarse desde obras monumentales, como la de Leví Marrero, hasta auténticos libelos. En tiempos recientes esta historiografía se ha visto enriquecida por las contribuciones de una nueva generación, integrada por historiadores de origen cubano formados principalmente en universidades de los Estados Unidos, así como por otros cuya formación básica tuvo lugar en la Isla pero que optaron por desarrollar su trabajo en el extranjero. Con motivaciones diversas –sin faltar entre ellas las de orden político–, estos autores han retomado problemas cruciales del pasado cubano desde una perspectiva diferente, e indagado también en áreas poco frecuentadas de nuestra historia social e intelectual.

Al repasar tu pregunta me percaté de que he resuelto la caracterización que solicitabas con un sucinto resumen de la situación. Quizás esperabas que precisase como se manifiestan ahora ciertos rasgos o atributos tradicionales de nuestro quehacer historiográfico. En ese sentido creo que nuestra historia hoy es menos habanera de lo que solía ser, aunque todavía no resulte plenamente nacional. El sujeto popular está mucho más presente en la obra de los historiadores, sin que por ello haya alcanzado el protagonismo que le corresponde. Otro de nuestros vicios historiográficos, la insularidad, se muestra bastante más persistente. En alguna parte he escrito que Cuba es mucho más isla en la Historia que en la Geografía. Sin duda nuestra historia tiene momentos muy singulares en que parece alejarse del curso seguido por el resto de Latinoamérica –marginación del proceso independentista a principios del siglo XIX o la propia revolución de 1959–, pero también padecemos de un excepcionalismo que a menudo es hijo de la ignorancia. Por ejemplo, casi ningún historiador ha destacado el parentesco –nada lejano, por cierto– entre nuestra

La historiografía representa ante todo un esfuerzo para la comprensión crítica de lo ocurrido..., pero tampoco anda escudriñando en los rincones del pasado para hacer imputaciones ni alimentar viejos rencores.

Guerra de los Diez Años y los movimientos en torno a la llamada Reforma Liberal en el continente.

3. Según usted, ¿cuál debe ser el lugar del historiador en nuestra sociedad, teniendo en cuenta las circunstancias actuales y los desafíos futuros?

Esto del “lugar” es un tanto confuso; nunca se sabe bien si el lugar uno lo ocupa, se lo asignan o la colectividad se lo reconoce. No se si con ello quieres referirte a la responsabilidad o al papel social del historiador en nuestros días; prefiero interpretarlo en este último sentido.

Alguien dijo en una ocasión que los historiadores eran una suerte de administradores de la memoria de la sociedad. Me parece exagerado. Ciertamente, son los historiadores quienes construyen el relato de lo acontecido y aportan explicaciones para la mejor comprensión de los procesos sociales. Pero su labor se encuentra determinada por múltiples factores. De entrada, no llegan por igual hasta nosotros los vestigios de cuanto ha ocurrido. Cuando visitamos los museos, nos encontramos piezas que por su factura y calidad artística atestiguan el modo de vida de las clases pudientes, pero nos dicen muy poco sobre la gente humilde, cuyo utillaje seguramente se deterioró con mayor rapidez y casi nadie se preocupó por conservar. Algo similar sucede con los documentos, al extremo de que las voces de los oprimidos en ocasiones solo alcanzan a escucharse a través del testimonio de su represión. Contando con una base informativa sumamente irregular y hasta distorsionada, los historiadores solo pueden reconstruir

el pasado mediante un cuidadoso ejercicio de la crítica. Pero además, las circunstancias en que viven, el marco institucional dentro del cual trabajan, induce a ciertas indagaciones mientras desalienta –o proscribire– otras, de la misma manera que son los poderes establecidos –políticos, económicos, culturales, etc.– quienes deciden lo que se conmemora o lo que se relega, llegando incluso a fijar los parámetros del relato histórico y el alcance de su difusión.

El papel del historiador en la formación de la conciencia histórica resulta en la práctica más limitado de lo que suele pensarse. Ello, sin embargo, no lo libera de responsabilidades. En un mundo como el de hoy, cuando las tendencias prevalecientes a escala universal encubren formas cada vez más sofisticadas de dominación, la labor del historiador, más que necesaria, se torna imprescindible para preservar la identidad de la nación y promover su desarrollo. El poder de los grandes medios de difusión para modelar las imágenes de la realidad a escala de sus intereses es ahora más que evidente; hasta el propio presidente de Estados Unidos, Barack Obama, se quejaba recientemente de la manera en que estos estaban distorsionando su propuesta de reforma al sistema de salud. El único antídoto frente a tales manipulaciones es la capacidad de razonamiento de la gente y una historiografía crítica puede hacer una notable contribución a que esta se fortalezca.

Lo primero es dejar claro la diferencia existente entre el pasado y su interpretación. Nuestros libros jamás ofrecerán una imagen definitiva del acontecer, luego sus lectores deben estar en condiciones de discernir el valor efectivo de cada interpretación. Esto demanda un discurso cargado de matices, que presente los problemas en toda su dimensión y haga explícito el alcance de sus conclusiones. A nadie debe escandalizar el hecho de que en la batalla de Ayacucho las fuerzas realistas estuviesen integradas por una mayoría de soldados indígenas, o que en nuestra Guerra de Independencia los cubanos auxiliares del ejército espa-

ñol –guerrilleros, bomberos, acemileros, etc.- fuesen probablemente tantos como los que integraban las filas de nuestro Ejército Libertador. El Gerardo Machado que tiranizó este país, no era un hombre distinto al que treinta años antes ganara los grados de general en la lucha por la independencia, por más que las circunstancias republicanas pudiesen haber contribuido a corromperlo. Así de compleja es la historia y por ello demanda de mucha amplitud y profundidad en sus interpretaciones.

A la policromía de los procesos históricos cuadra muy mal el blanco y negro; su empleo no solo hace aburrido el relato, sino que conduce inexorablemente al descrédito de la historiografía. Las versiones unilaterales siempre terminan por naufragar ante evidencias que escapan a la simplicidad de sus imágenes o que francamente las contradicen. Y lo peor es que, ante semejantes contrastes, la credulidad del público no se transforma en una duda creadora –que como la de Descartes o Brecht impulsaría a la búsqueda-, sino que por lo general deriva hacia el más completo escepticismo, abonando el criterio de que la Historia resulta completamente inútil.

Por eso creo que el papel del historiador debe ser, ante todo, el de incitar al pensamiento, enseñar a los hombres y a las mujeres a examinar el pasado por sí mismos y hacer de este algo propio, para estar así en mejores condiciones de forjar su destino.

4. La reconciliación entre cubanos es un reto de cara al futuro. ¿Cómo podría ayudar a este empeño la labor historiográfica?

En otros momentos “conciliatorios” de nuestra historia, se dio en proclamar el “olvido de lo pasado”. Creo que la fórmula resultó poco efectiva. El pasado debe asumirse, es más, resulta indispensable comprenderlo en toda su amplitud para orientar acertadamente nuestros pasos. Tomemos como ejemplo el período de la República –con apellidos o no-, que ha suscitado tan agrias controversias e interpretaciones históricas sumamente polarizadas. Los que idealizan el pasado republicano di-

ficilmente consigan explicarse lo ocurrido en este país desde mediados del siglo XX; no pueden conectar entonces con el presente ni influir positivamente en su futuro. Pero tampoco les irá mejor a los que lo satanizan, porque ignoran las verdaderas raíces de algunos de los problemas que enfrentan y, lo que es peor, con actitud justificativa a veces les atribuyen causas que alejan su solución.

Aún cuando la historiografía jamás actúe despojada de intereses, pues los historiadores adoptan posiciones ante los problemas de su tiempo que influyen de uno u otro modo en su perspectiva, el quehacer historiográfico descansa en un oficio –y supone una ética- que se propone recuperar el pasado sobre bases racionales. La historiografía representa ante todo un esfuerzo para la comprensión crítica de lo ocurrido, que no desconoce la responsabilidad de hombres y mujeres en tanto protagonistas de su historia, pero tampoco anda escudriñando en los rincones del pasado para hacer imputaciones ni alimentar viejos rencores. Obviamente, la diversidad de intereses que animan esas búsquedas producirán versiones diferentes y hasta encontradas de los hechos; corresponde al público lector evaluarlas a la luz de las evidencias que sustentan cada argumento y aquilatar la pulcritud de los procedimientos mediante los cuales se ha llegado a determinadas conclusiones. Prepararlo para ello es precisamente una de las más altas –y difíciles- responsabilidades de la enseñanza de la historia.

En ese sentido, y en la medida que los historiadores se muestren capaces de contrastar sus versiones con respeto, la labor historiográfica no solo propiciará un mayor conocimiento de nuestro devenir, sino que puede contribuir también al mejor entendimiento entre los cubanos.

5. ¿Quiere abundar usted sobre los contenidos de nuestra historia que podrían ofrecernos la perspectiva de un futuro más próspero, con mayor integración y fraternidad?

Es muy arriesgado privilegiar ciertos temas y mucho más si se hace con

ánimo pragmático, pues a veces hasta los aparentemente triviales contribuyen a iluminar las conciencias. Desde luego que hay lagunas más o menos sensibles; estas abundan en cualquier sector de nuestra historiografía, donde lo por hacer es bastante más que lo hecho. Tenemos, no obstante, carencias muy evidentes; por ejemplo, el conocimiento histórico de nuestro actual período revolucionario. Ya se hallan activas un par de generaciones para las cuales mucho de lo ocurrido en el pasado medio siglo es historia remota e ignorada. El déficit que ello representa a la hora de comprender su circunstancia es sin duda muy serio. Por eso resultaría beneficiosa la proliferación de trabajos sobre los más diversos problemas, procesos y hechos de nuestra historia reciente. Aunque conviene advertir que la realización de estos encara siempre mayores dificultades, pues las fuentes son menos accesibles; la organización de la documentación “fresca” es siempre peor y a veces esta no se pone al alcance de los investigadores. Por otra parte, hay que asegurar un apropiado espacio de debate, ya que los trabajos pioneros, la indagación de temas inéditos, inevitablemente suscita discrepancias.

Un par de respuestas atrás te apuntaba que nuestra historiografía se hallaba, por así decirlo, en una fase analítica. Los movimientos prevalecientes apuntan hacia el despliegue de los esfuerzos investigativos en un amplio espectro temático, considerando cada problema o asunto de manera particular. Ello contribuirá sin duda a superar omisiones, recuperar actores desconocidos y habrá de multiplicar las facetas de nuestro discurso histórico nacional. Pero la tendencia también entraña sus riesgos; ha de guardarse cierta coherencia o de lo contrario se hará muy complicada la integración de los resultados de las investigaciones. La síntesis histórica es también imprescindible –tanto más para el lector común- y los historiadores debemos trabajar siempre con una perspectiva de conjunto; de perderse esta, nuestra imagen del pasado ya no solo sería fragmentaria, sino también fragmentada.